

A madre no pude darle mayor disgusto cuando le dije que festejaba con un minero de Bembibre. Lloró y trató de quitármelo de la cabeza. “Que a Santo de qué” “Que si no habría chicos buenos en la ciudad” “Que si no me daba cuenta de que la vida en un pueblo era aburrida” “Que qué iba a hacer cuando fuera vieja” Me enumeró los pros y los contras con tanto énfasis que aún me parece verla pasándose el bajo del delantal por la cara para menguar el sofoco.

A mi la negrura no me importaba porque el resto de Manuel era encantador. Ya le dejaría yo preparado el jabón para que restregara las manos antes de ponérmelas encima. Ya le prepararía yo el bocadillo para que no se le manchara de hollín. Y lo del pueblo, no era ni mucho menos la única. Si todavía había escuela para los niños, no muchos pero la maestra se encargaba de las lecciones y aprendían lo elemental. También había médico que vivía en una casita en la plaza y el cura cerca de la iglesia. Melchor regentaba la tienda de ultramarinos que lo mismo tenía un par de calcetines de invierno, una bobina de hilo que una pelota para jugar.

La verdad es que al principio me costó un poco hacerme a las faenas porque Manuel marchaba a la mina y no tenía tiempo para los huertos, ni para los críos, ni siquiera para mí porque estaba cansado de picar y porque el sueldo no daba más que para ir tirando, sin excesos, ni caprichos. De eso tuve que aprender de las vecinas que en los pocos ratos que nos sobraban hacíamos corte y confección para apañar los pantalones de los pequeños y pasar el hilo por faldas rectas para nosotras. En esos carasoles solíamos juntarnos hasta treinta mujeres de todas las edades. Las más viejas contaban anécdotas de sus años mozos y las que éramos más jóvenes escuchábamos entre puntada y puntada de hilo. Pero aunque era el rato de cotillear, a falta de otra cosa, nos entretenía mucho. Que si sabes que Lola está embarazada de su segundo hijo. Que si a Fermin lo han hecho capataz. Que si el señor alcalde acaba de recibir a un grupo de ingenieros que van a reformar la mina y bajaran a cenar a la cantina de Conchi. Que si las lechugas se han anieblados y ya va por la tercera vez que hay que sembrar las patatas, que de tanta agua, es cavar y encontrarlas podridas. Y que con tanto frío, hasta la flor de los manzanos se va a helar otro año. Y los marineros anclados en puerto.

De los nuestros, de como venían nuestros maridos no hablábamos mucho, no fuera cosa que entre todas hubiera alguna que marchara a chivarse al patrón del descontento porque

no corrían tiempos como para quedarse una sin la casita sindical, ni sin las cuatro pesetas a fin de mes. Que todavía andaban los ánimos enzarzados entre rojos y falangistas y la guardia civil despachaba a uno al otro barrio por nada.

A mi Manuel me enamoró. Y todavía sigo queriéndolo mucho. Pero ahora ya no me quedan amigas con las que hablar. Unas han muerto, otras han emigrado a la ciudad. Y poco a poco, de las casi quinientas personas que había cuando vine a este pueblo, no quedamos apenas treinta. Hace años que no nacen niños en el pueblo y que la escuela cerró definitivamente. También marchó el médico a otro lado y ahora viene solo una vez por semana y si algo urge, hay que coger el coche hasta el centro de salud de la zona que está a treinta minutos. Melchor hace tiempos que falleció y nadie quiere coger el relevo. Sin tienda no queda mas remedio que abastecer las despensas para un par de meses y subsistir con lo que hay.

En el carasol apenas estamos tres o cuatro mujeres que ahora hablamos de qué será del pueblo cuando nosotras muramos. Nadie regará los geranios, las puertas no se abrirán, las casas se llenarán de polvo y, poco a poco, irán cayendo los tejados, las paredes y dejando un fregadero a la vista, ese en el que nosotras hemos lavado platos y verduras, hemos restregado tanta ropa sucia. Las eras ya no tienen ropa tendida, ni sábanas ondeando. Y allá, en la mina, cada día están más preocupados los pocos hombres que quedan. Hablan de normas europeas, de contaminación, de baja demanda del carbón, olvidando que hace menos de un siglo era la fuente de calefacción por excelencia y servía para mover los ferrocarriles por las vías de tren. La amenaza del cierre asusta y yo, que ya empiezo a ser vieja, ahora recuerdo a mi madre atusándose el sudor con el bajo del delantal, preocupada por qué sería de mi vida. Apenas me valgo para echar el grano a las gallinas, no puedo perseguir a las vacas a su velocidad, porque mis huesos se quejan todos juntos. El doctor dice que eso es por haber trabajado mucho. No se equivoca, solo que me duele pensar que algún día el pueblo estará abandonado y nadie contará que aquí hubo vida, una vida muy intensa.

Si nuestros nietos o biznietos regresan alguna vez durante el verano, quizá nos llegue hasta el camposanto la algarabía. Solo entonces o por todos los Santos, volveremos a escuchar voces humanas, mientras tanto, habremos de conformarnos con lo que esconde la tierra. Algún fósil del Mesozoico y vetas de carbón que igual descubren las nuevas heroínas.